

Beber el texto o (“cuando el cuerpo lee”)

Silvana Rabinovich

¡Por la *sobria ebrietas* y el provenir de la universidad!
Iván Illich

Con este oxímoron brindaba Iván Illich el 15 de octubre de 1991 por el vigésimo aniversario de la universidad de Bremen. La “ebriedad sobria” concibe el acto de leer –fundamental en la academia- como próximo al de beber: la justa medida da por resultado el estado gozoso –lúdico- de los sentidos (los del cuerpo y también los de las letras). “Una ebriedad sobria y calmante en medio de un esparcimiento desmedido de información seca y vacía de sentido” decía Illich. Walter Benjamin hubiese suscripto a ese brindis sin dudarlo. El autor de “El narrador” constataba que al regreso de las trincheras de la primera guerra mundial, los soldados venían enmudecidos -incapaces de transmitir experiencia-, y situaba esto en un mundo donde la narración, que se define como transmisión de *experiencia* por boca de un narrador en cuya figura “el justo se encuentra consigo mismo”,¹ cedió su lugar al cúmulo de información. La palabra dada al otro se volvió acumulación obscena de datos, obstruyendo la posibilidad de incorporarlos. La verdad como revelación en el rostro del otro, verdad intersubjetiva que tenía su potencialidad más generosa en la ficción veraz, cedió su lugar a la mezquina adecuación de la palabra a la cosa. El mundo como objeto del informador y ya no como morada del narrador: ¿en qué

¹ Cf. Benjamin, W, “El narrador” en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus, Madrid, 1999, p. 134.

momento el sujeto fantasioso creyó salir del mundo para inquirirlo y sojuzgarlo?² Y aclaremos que "experiencia" en este caso nada tiene que ver con el estrecho concepto empirista sino, acentuando el prefijo *ex*, con la inconmensurable salida de sí mismo hacia el otro. El ángel de la historia benjaminiano está ávido de narración y encuentra ruinas allí donde el historicismo positivista ve orden y progreso del conocimiento. Mientras el último concibe al pasado como inexorable, el primero busca redimirlo. Iván Illich emprende el vuelo anhelado por este *Angelus Novus*. Se propone en unas páginas memorables, breves y a la vez de una profundidad inagotable, por la senda de esa "justa medida", hacer una *genealogía* (en el sentido nietzscheano) de la lectura. Porque en nuestro mundo letrado, el modo en que leemos (nuestros hábitos de lectura) traza los límites de nuestra capacidad de imaginar, de pensar, de escribir... de vivir, marcando nuestras vidas más de lo imaginado.

Podemos decir que la *genealogía* va desandando los caminos por los que un concepto fue montado y suele llegar a un punto de quiebre donde se descubre un trastocamiento en el que todo lo sedimentado se revela como una desviación de algo generalmente adverso que ocupó su lugar. *Genealogía de la lectura*: nuestra costumbre occidental de leer en sordina, entumeciendo el cuerpo, tiene aproximadamente 800 años, sin embargo antes no fue así. Estas características corresponden a la lectura escolástica (que heredamos en nuestras escuelas) pero anteriormente tuvo lugar la lectura monástica (y podríamos agregar: en paralelo, la de otras religiones como la judía y la musulmana, que aún hoy consideran la participación de todo el cuerpo en el acto de leer). Un ejemplo: cuenta una leyenda talmúdica que Bruria (la esposa de Rabi Meir) pateó a un alumno que leía en silencio recordándole que las

² ¿Será desde el Génesis 1:28 donde ordena a los humanos *conquistar* la tierra y *señorear* sobre los peces? ¿Qué habrán significado esos verbos en el contexto edénico?

Escrituras indican leer con los 248 miembros del cuerpo durante los 365 días del año (la suma de ambos da el número de preceptos que el Justo debe cumplir: 613).³

La lectura no es un asunto únicamente ocular, puede ser también *oscular*: es conocida la costumbre, todavía vigente en algunas comunidades (por ejemplo en Marruecos), de iniciar a los niños en el reconocimiento del alfabeto a través de una tablita que tiene escritas todas las letras en miel. El niño irá lamiendo una por una, literalmente *incorporando* el abecedario: parece que sin lengua (en toda su polisemia) los ojos no bastan para aprender a leer. Y la lengua *sabe*, en ambos sentidos de la palabra. Esta tradición toma al pie de la letra el versículo de Ezequiel (3:3) donde se le ordena al profeta comer el rollo escrito por ambos lados y cuenta que cuando lo hizo le supo a miel. Aprender las letras lamiéndolas confirma a la lectura como una actividad oral.

Illich describe cómo la lectura monástica concebía, desde la participación de la lengua y el oído en la oralidad, un texto continuo (no separado en palabras: al leer en voz alta, igual que al hablar, el gesto, la entonación y el ritmo enlazan los vocablos y se trata de leer patrones sonoros: así como la música es mucho más que la suma de notas, la frase no se reduce a la adición de palabras). En cambio, en la lectura escolástica (que amamantó a nuestras universidades), concebida como visual y silenciosa, las palabras aparecen separadas, como símbolos visuales de conceptos. Mientras la lectura monástica está más apegada al registro de un discurso de sabiduría transmitida por autoridades heredadas del pasado (y en consonancia, con la narración según W.

³ Cf. Rabinovich, Silvana, "Gestos de la letra: aproximación a la lectura y escritura en la tradición judía" en *Acta Poetica* 26. 1-2, México, UNAM, 2005 p. 97. Cf. <http://www.iifl.unam.mx/html-docs/acta-poetica/26-1-2/p93.pdf>

Benjamin); la escolástica encuentra un registro del pensamiento, donde se almacena conocimiento. Así, mientras hasta mediados del siglo XII Hugo concibe al libro como un viñedo en el cual los renglones son surcos, un jardín que constituye el paisaje de una arriesgada peregrinación; Tomás de Aquino ya hallará en el libro un tesoro, una mina, un almacén: un texto para escrutar. Si se me permite la comparación⁴ se podría decir que en este caso la lectura es semejante a la relación con una mujer (o también con la tierra que se trabaja): mientras Hugo se dedica a amarla, Tomás busca poseerla (y nosotros somos los bisnietos de Tomás). Mientras la lectura monástica encuentra en la página el registro de un discurso, de una palabra dicha por alguien de carne y sangre; la lectura escolástica hallará la representación visual de un argumento desarrollado paralelamente al pensamiento –que se pretende desencarnado: he aquí la estafa, que ya no ficción-⁵ (Illich 127-131). Y aquí viene la parte doblemente kafkiana: en el ámbito jurídico, esta forma de leer tiene consecuencias muy graves, la preeminencia del *documento* -el irrefutable dato duro- sobre el *testimonio*, que es hijo de la memoria creativa y mutante, y por eso mismo, y a pesar de nuestros sueños positivistas, incómodamente más creíble.⁶

Pero volvamos a la experiencia de lectura de Illich: los renglones de su texto se vuelven surcos de un nuevo viñedo y, a medida que va

⁴ Evoco con esto a Elías Sanbar en la película "Jaffa, la mecánica de la naranja", de Eyal Siván (2009), donde compara la relación que guardan palestinos e israelíes con la tierra: mientras los primeros la aman (y la trabajan de manera extensiva, con técnicas antiguas), los segundos la poseen (desarrollando cultivos intensivos y con un campo altamente tecnificado).

⁵ Cf. J. J. Saer, *El concepto de ficción. Textos polémicos contra los prejuicios literarios*, la diferencia entre la estafa y la ficción. Planeta, México DF, 1999.

⁶ La doble evocación de Kafka se refiere obviamente a *El Proceso* pero también a aquella marca de su escritura que Benjamin caracterizó como "sacrificar la verdad a su transmisibilidad", las ficciones kafkianas son veraces, en las narraciones resplandece la verdad del justo.

picando sus uvas, el lector se adentra en el siglo XII, allí donde la lectura fue apagando lentamente su voz y pasó de la materialidad del pergamino a la abstracción del texto inmaterial. (De manera espectral el texto desencarnado empezó a sobrevolar la página hasta licuarse hoy en nuestras pantallas). En la Antigüedad, según cuenta Illich, leer se consideraba un ejercicio extenuante: “Los médicos helenísticos prescribían la lectura como alternativa a jugar a la pelota o pasear” (78). Antes de la escolástica, en el monasterio –y en esto la práctica de lectura era semejante a la de las ruidosas academias judías de estudio, donde además de leer en voz alta y discutir, los estudiantes se levantan todo el tiempo para consultar otros libros-, leer era un ejercicio físico en el que participaban todos los sentidos: “Los ojos están al servicio de los pulmones, la garganta, la lengua y los labios, que normalmente no pronuncian letras individuales, sino palabras” (79-80). Además, para Hugo de San Víctor leer era una actividad “más moral que técnica” (102): por un lado la lectura, como sabemos, aminora la estulticia; y por el otro, Hugo se proponía hacer menguar también la vanidad de los más dotados. Leer en voz alta no se limitaba al desciframiento de las letras en la página sino en un humilde ejercicio de escucha que evitaba la declamación grandilocuente. En su autorreferencialidad, la declamación se encuentra con la barrera de su propia expresión olvidando la transmisión. Leer al otro en voz alta, mirarlo para transmitirle la voz de la página, lo obliga a inclinarse para tender el oído a la lectura. En esa proximidad se *transmite* un saber siempre ajeno (de la misma manera en que se transmite un mensaje o también una enfermedad). La página sonora esperaba que el lector le prestase su voz. Ante el riesgo de “contagio”, la tecnología inventó el libro portable, individual... *profiláctico*. (No nos vayamos con la finta: aunque quisiéramos que la amistad -*philía*- asome en la palabra; la *profilaxis* se encuentra en sus

antípodas porque su origen es la desconfianza: *phylax* significa guardián y la policía no sabe de amistades).

Si la lectura silenciosa habilita una relación más de intimidación por parte del lector que de intimidad con el texto; la lectura en voz alta logra conjurarla. El lector se sabe oyente, obediente al dictado de la página. Podemos decir que este proceso de sujeción del lector respecto del libro recuerda a la ética heterónoma levinasiana, donde el filósofo lituano considera al hombre, antes de animal razonable o político -y por su capacidad de prestar su boca a la palabra del otro- como *animal profético*. Escucha de la página sonora, no apropiación, el sujeto deviene caja de resonancia del Otro. Y aclaremos desde ahora que la afirmación de la heteronomía no niega la autonomía porque son hermanas siamesas, aunque la primogenitura corresponda a la heteronomía (la vida, el nombre, el tiempo, la lengua nos viene de otros).

¿Pero acaso existe la lectura sin voz? Aun con la boca cerrada, leer implica siempre escuchar, la pregunta es qué voz es aquella que llena nuestro cráneo cuando leemos. Un ejemplo: ¿qué voz escuchamos cuando leemos los 10 mandamientos? Seguramente la de un hombre barbudo y autoritario. Ahora bien, cuando desde el rollo de la Torá se lee cantilado, el “no matarás” suena como mucho más que el impedimento de asesinar, se trata de la obligación de que el otro viva: aquí el sentido, la exigencia moral, abre un abismo en la lectura (por eso los cabalistas se dedicaron a leer la parte blanca del texto, considerando a las negras letras simple comentario).

Spinoza criticaba a la empobrecedora interpretación que constreñía a la sordera (o a la ceguera) a la negación del sentido del oído (o de la vista). Y, si como sabemos, el sonido es vibración, los sordos no carecen del sentido del tacto y experimentan la audición de otro modo,

a través de la piel. Habría que agenciarse y tomar en serio el eufemismo⁷ “capacidades diferentes”. El oído es el sentido más *pasivo* (y aquí pasividad no es inacción, sino capacidad de percibir, de ser afectado), el oído el más expuesto, el más desnudo. Al respecto, escribe Pascal Quignard:

“No hay impermeabilidad de uno mismo ante lo sonoro. El sonido toca *-illico-* el cuerpo, como si el cuerpo se presentara ante el sonido más que desnudo desprovisto de piel. Orejas: ¿dónde están las puertas, las persianas, la membrana o el techo?

Antes del nacimiento y hasta el último instante de la muerte, hombres y mujeres oyen sin un instante de reposo.

No hay sueño para la audición. Por eso los instrumentos para despertar recurren al oído. Es imposible para el oído ausentarse del entorno. No hay paisaje sonoro porque ese paisaje supone distancia ante lo visible. No hay apartamiento frente a lo sonoro.

Lo sonoro es la tierra natal. La tierra natal que no se contempla. La tierra natal sin paisaje.” (Quignard, 69)

Lugar de nacimiento del *sujeto*, podemos decir, aunque sabemos que el enroque en torno al significado moderno de sujeto ocurre cinco siglos más tarde con Descartes. Pero se trata de un *sujeto heterónimo*, que se encuentra sujetado a la palabra ajena que le habla y habla a través de él en el libro que lee. “(Hugo) Quiere que el lector se enfrente a la página y que por medio de la luz de la sabiduría descubra su yo en el espejo del pergamino” (35). En el siglo XII, constata Illich, el libro era esta tierra natal que daba a luz al lector que leía con los oídos. No se trata de negar el papel de los ojos, sin embargo, esta lectura se

⁷ Al menos en el Teletón el uso de la expresión es eufemística.

originaba en la audición, primero era recibida a través de la voz de otro y la memoria jugaba un papel preponderante. La vista en la lectura tiene por función reactivar la memoria de los sonidos ya conocidos. Hugo le dedicó mucho estudio a la memoria y la consideraba básica para la formación. Es importante distinguir la memoria en tanto facultad constitutiva de la persona, de la técnica de memorización. No se trata de una relación instrumental con la propia memoria, sino existencial (somos nuestra memoria y la de aquellos que nos precedieron, y somos la memoria de los que vendrán). Lo mismo podría decirse de la relación con el libro: no era considerado un simple reservorio de conocimiento sino fuente de la que se bebe una sabiduría que no se debe retener sino alegrarse de ser parte de su curso. La relación con el saber, y por lo tanto con la lectura, no se explica bajo el esquema de la propiedad privada, sino, en todo caso, de la responsabilidad de heredar, sabiendo que se forma parte de una cadena (de un tejido) que nos excede. Aquí es donde el oído vuelve a cobrar fuerza ante la vista: los ojos tienen párpados y pueden cerrarse, los oídos no. Nuevamente Quignard:

“Y sin embargo, los pabellones de las orejas no giran sobre sí mismos para interrumpir la audición, a diferencia de los párpados que bajan para suspender la visión, y que es posible levantar para restablecerla.

Plutarco escribe: ‘Se dice que la *physis*, al dotarnos de dos orejas y de una lengua, tuvo el designio de obligarnos a hablar menos y a escuchar más’.

La *physis* ‘escuchó’ el silencio antes de hacer algunos hombres de los animales.

Tenemos una oreja más que lengua tiene la boca.

Plutarco escribió por fin, de manera misteriosa, que las orejas son comparables a vasijas descascaradas.” (Quignard, 82)

Vasijas *descascaradas* (por escabrosas, laberínticas, privadas de llanura) donde se guarecen y resuenan palabras ajenas, dictadas. La relación de quien lee con los oídos con el texto tiene lugar en un encuentro presente en el que ambos vuelven a nacer. Nada más lejano de la concepción instrumental que ve en el texto un depósito de conceptos, de materias primas a partir de las cuales el sujeto fabricará conocimiento (sueño escolástico que se desbocó en la modernidad con un sujeto que se pretende *ex nihilo*, autoengendrado). Lectura en voz alta como ocasión de renovada natalidad, matriz donde se gesta un sujeto que no es el que va a parir la modernidad cartesiana. Un sujeto otro, que la Modernidad olvidó, sujeto resonante, podríamos llamarlo. He aquí Jean Luc Nancy que se remonta a nuestra prehistoria, nosotros sujetos a la sonoridad.

“Constitución matricial de la resonancia y constitución resonante de la matriz: ¿qué es el vientre de una mujer embarazada, si no el espacio o el antro donde va a resonar un nuevo instrumento, un nuevo *organon*, que se dobla sobre sí mismo y luego se mueve, y sólo recibe del exterior los sonidos a los que, un buen día, se pondrá a hacer eco mediante su grito? Pero, en términos más amplios, más matriciales, siempre es en el vientre donde, hombres o mujeres, terminamos por escuchar o comenzamos a hacerlo. Los oídos dan acceso a la caverna sonora en que entonces nos convertimos.” (Nancy, 77-78)

Leer en voz alta involucra a todo el cuerpo: si el oído nos conduce al vientre (no sólo al materno, sino a la vibración que nos llega a través de la voz del otro y de su rítmica corporal, al plexo solar) la oralidad resuena en el oído para volver a la boca. Y finalmente, en la resonancia, el oído (al igual que el gusto, pero también como el olfato y

hasta la vista) tiene un aspecto táctil.⁸ En la lectura silenciosa, el cuerpo puede jugar a las escondidas, pero no puede ausentarse. El cuerpo puede volverse objeto de estudio, abstracción, imagen o mercancía; sin embargo, siempre *constituye* y abarca al sujeto. Podemos imaginar (gracias a los poderes fácticos) una sociedad virtual y desencarnada, pero lo hacemos –lo *padecemos*– desde nuestra corporalidad de carne y hueso, de hambre, sed y frío.

Illich (82-83) evoca en su libro, a propósito del ritmo y de la participación del cuerpo en la lectura y en la memoria, al jesuita Marcel Jousse, quien en su *Antropología del gesto*⁹ define al humano como un ser gestual: el esqueleto es concebido como un “portagestos” y en lugar de reducir la palabra al “lenguaje”, inventa el neologismo “corporaje”. Al ubicar a la gestualidad en el origen de la palabra y de la escritura también, Jousse concibe a las letras como sombras que registran gestos. Entonces, leer es volverse sensible al gesto, ser portavoz de una *lógica gestual*. Leer es prestar el cuerpo para transmitir la gestualidad del otro. Jousse llega a estas conclusiones porque se dedicó en los años 20 del siglo pasado, durante su paso por Galilea, a tratar de recuperar el gesto en la enseñanza de Jesús. El jesuita consideraba posible rastrear esta lógica gestual olvidada por nuestras prácticas silenciosas, desencarnadas, de lectura.

¿Qué quedó de todo esto hoy? En nuestras instituciones educativas a todos los niveles, la lectura parece reducirse a los ojos y al intelecto.

⁸ Jean-Yves y Marc Tadié escriben que la memoria es “el sentido de los sentidos” y es cierto: sin memoria no habría posibilidad de reconocer sensaciones. Pero yo agregaría que el lugarteniente de la memoria entre los sentidos es el tacto: el oído está hecho de vibraciones, el olfato penetra con más o menos frescura, el gusto sabe de consistencias y la vista puede ser herida por una luminosidad excesiva.

⁹ Jousse, Marcel, *Anthropologie du geste*, Gallimard, Paris, 1974.

Como lamentaba Valéry,¹⁰ parece que los filósofos no tuvieran cuerpo y esta falacia fue cercenando las potencialidades de la lectura. Las consecuencias éticas repercuten ampliamente, nombro algunas:

- Desencarnación del sujeto que se manifiesta en un concepto de vida que conduce a una abstracción enajenante (a una ruleta rusa que termina en una paralización que se sueña hipermóvil).
- Espejismo teletecnológico de la trasmisión de experiencia que de manera fóbica elogia la ausencia creyéndola distancia (*tele*), mientras confunde sabiduría con técnica y palabra (*logos*) con acumulación de saber.
- Un concepto de autonomía que se presenta como incompatible con la heteronomía y que así raya en el autoritarismo (por acallar las voces de la página en lugar de, al escucharlas, dejarse abrazar por ellas).
- Instrumentalización y cuantificación de un saber que se pretende aséptico (racional y por supuesto apolítico), reducible a la propiedad privada por medio de patentes y derechos de autor.
- Pérdida del horizonte dialógico del pensamiento en aras de un individualismo *inaudito*, contra natura.
- Como consecuencia de esto, en la pérdida de la dimensión convivial de la lectura con otros y en voz alta, se impone la mezquindad del saber que campea en la academia.

En nuestro mundo letrado estas ilusiones de la lectura silenciosa tienen resonancias en distintos ámbitos de la vida aniquilando el horizonte. Intentar otras prácticas de lectura, *poniendo el cuerpo* (esto

¹⁰ Cuando en una carta a Leo Ferrero, Paul Valéry constata la miseria corporal del cartesianismo, invoca el ejemplo de Leonardo da Vinci como el filósofo por excelencia. Cf. Valéry, "Leonardo y los filósofos" en *Escritos sobre Leonardo da Vinci*, Visor, La Balsa de Medusa, Madrid, 1996.

es: exponiendo la propia vulnerabilidad), *con* los otros (no para volver al Medioevo, sino porque interpretar implica siempre "leer") ensanchará necesariamente el horizonte de comprensión de nuestro mundo. (Creernos fuera del mundo nos deja sin horizonte y pronto, sin mundo). ¿Lectura *in-munda*, se objetará? Imposible inmunidad en el acto de leer: la lectura profiláctica esteriliza los sentidos. Cuando el cuerpo lee, la lectura es un acto de *encarnación*, incompatible con la abstracción enajenante.

"Leer es un acto somático y corporal de atención al nacimiento que es testigo del sentido producido por todo lo que el peregrino encuentra a través de las páginas" (163)

Los modos de la lectura engendran mundos, configuran sentidos y significaciones. La lectura anestesiada despierta a los monstruos de aquel sueño de la razón que ilustró Goya. Es preferible la hiperestesia rayana en la locura (de los cabalistas, los brujos y los alquimistas) a la borrachera de poder teletecnológico que confía la memoria y la inteligencia a sofisticados artefactos. No nos hagamos los abstemios y brindemos con Illich por la *sobria ebrietas*, porque sólo acariciando el pasado que la engendró y que espera ser redimido habrá porvenir no sólo para la universidad, sino para el planeta.

(Y, para empezar leyendo de otra manera, exasperando el dialogismo, antes de contestar alguna pregunta –desde algún sospechoso supuesto saber- quisiera terminar preguntándoles yo a los afortunados *amigos* de aquel sabio de nombre tolstoiano: ¿no será que este librito del final del camino *alumbra* –ilumina pero también vuelve a dar a luz- la obra de toda una vida? ¿Será acaso ese hábito de leer con el cuerpo el que impidió a tantos prejuiciosos del "olor a incienso"

escuchar la palabra profética de un sabio? Y no digo profecía en tanto don de la predicción, sino como reclamo responsable de justicia, *siempre en nombre del Otro*).

Silvana Rabinovich: Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México, Maestra en Filosofía por la Universidad Hebrea de Jerusalén, Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Rosario y Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México (CONACYT). Investigadora en el Centro de Poética, Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, donde actualmente desarrolla el proyecto "Ética y tradiciones a partir del Antiguo Testamento". Entre sus publicaciones se encuentran: *Lo otro* (2006), *La huella en el palimpsesto* (2005).